LOS AMARILLOS

Por Eddy León Barreto

Mensajeros del futuro…

“La posibilidad de que nos hayan visitado seres de otros mundos siempre nos ha fascinado. Más aún cuando se añade el ingrediente del misterio”. Ester Lázaro.

PRIMERA PARTE

El viejo catire apresuraba el paso para no quedar hundido en el lodo que se estaba formando en el camino hacia el pueblo. Su acompañante, un perro grande, lanudo, marrón con motas blancas, por momentos iba delante, al rato iba detrás, como contándole los pasos. Si se detenía también lo hacía, lo miraba de arriba abajo como a la espera de instrucciones, y no se movía hasta que se emprendiera nuevamente la caminata.

El hombre creyó que la lluvia sería apenas un chubasco pasajero en medio de un cielo muy oscuro que se iluminaba intermitentemente por constantes relámpagos, cuando se guareció bajo un árbol casi a la medianoche, según vio en su reloj de manecillas y números fluorescentes.

Al caer la tarde de ese sábado inicio de mes, había salido a cazar para cambiar un poco la dieta hogareña a base de pescados. Y le fue bien. Colgaba en el hombro derecho un par de conejos y tres perdices, y en el izquierdo una escopeta. Llevaba un largo y delgado madero para poder vencer los charcos que crecían. Una gorra hasta las orejas coronaba en una linterna portátil que le permitía medio ver, pero cuando los truenos se hicieron más cercanos decidió apresurar el paso, pues sabía que los árboles no eran el lugar más seguro durante una tormenta eléctrica. Su contextura alta y fuerte le hacía caminar más lento de lo que creía, sin embargo, avanzaba con seguridad porque su compañero lo guiaba con ladridos casi puntuales.

 Alfonso, como se llamaba, fungía, desde tiempos que ya ni recordaba, como sempiterno jefe civil de Agua Clarita, un pueblo ribereño de los muchos que habían nacido, crecido y hasta muerto, como parecía que sería el destino del suyo, a orillas del gran río. Cercano a los setenta años esperaba continuar en su cargo voluntario hasta morir, en compañía de su eterna esposa Anita.

Sus hijos, dos, por cierto, habían salido hacía años, y solo regresaban en unos “de vez en cuando” cada vez más remotos. Cuando empezó a ver los pocos focos encendidos en los postes de la calle principal, sintió un gran alivio; por lo menos no habían cortado la energía eléctrica ―lo que esperaba que ocurriera en cualquier momento― que llegaba a través de un cableado desde un pueblo cercano al que se accedía por una carretera de montaña ahora obstruida y olvidada.

El conticinio parecía eterno cuando entró al terruño. Su pensamiento se centraba en descansar, dormir en su humilde casa y nada de especular sobre el mañana. ¿Cuántos quedarán dentro de un mes?

No era fácil olvidar las casi cinco mil familias que conformaban el pueblo y que de a poco habían ido desapareciendo; salían y no volvían. La calle principal, por donde acababa de entrar, terminaba hacía unos años en un gran muelle lleno de embarcaciones pesqueras y de transporte de mercancías diversas, de cosechas de granos y verduras, pero como si de pronto hubieran sido víctimas de una maldición, la pesca y la agricultura habían desaparecido; la tierra, simplemente, se había vuelto estéril.

Solo quedaban los viejos y aquellos que desconocían dónde se encontraban, si es que aún vivían, sus familiares idos. Otros pocos, arraigados a la tierra, aún conservaban sus botes y salían a trabajar a pueblos cercanos, regresaban para velar por los suyos, y volvían a irse.

La situación era tan precaria que la escuela apenas disponía de una maestra que llegaba en la mañana de un día cualquiera de la semana a dar clases a una veintena de niños, y ya al mediodía retornaba antes de que las aguas del río se agitaran.

Ya seguro de su llegada al hogar, detuvo su andar porque los ladridos y gruñidos de su acompañante lo alertaron sobre algo que se ocultaba pegado a una de las paredes de la primera casa del lado derecho de la calle.

―¡Tranquilo, tranquilo, Pinto! ―le gritó al animal que hacía amagos para atacar a lo que tenía al frente, eso que no se dejaba ver, que no hablaba, que solo inquietaba.

La oscuridad y la lluvia solo permitían imaginar un bulto, una masa indefinida, que se movía muy lentamente para no ser vista. La luz de la linterna tampoco lo alcanzaba porque, algo loco, se desviaba a cualquier lugar menos hacia lo que el viejo quería enfocar. “Vaya eso es muy raro”, pensó. Al instante soltó las presas, armó su escopeta, y apuntó a aquello que, sin ninguna duda sabía estaba allí, animal u hombre o lo que fuera.

―¡Sea lo que sea, salga o disparo! ―gritó, y repitió la frase solo con el fin de intimidar, a sabiendas de que el arma ya no tenía cartuchos. Mientras, Pinto seguía ladrando con mayor intensidad y con los ojos bien abiertos.

La espera se quebró. Lo que no se dejaba ver empezó a moverse lentamente hacia ellos, y ahora la luz de la lámpara no fue dispersada; iluminaba de frente para dejar ver los rostros pálidos de un hombre y una mujer que apretaban contra sus pechos sendos niños, uno más grande que el otro. Por lo menos estaban cubiertos de unas gruesas chaquetas de un color que no pudo definir, entre negro y gris.

―¡Válgame Dios! ¡Están empapados! ―dijo soltando el arma en el suelo. Se acercó a la pareja y con gestos les pidió que lo siguieran hasta la puerta de la casa, la cual abrió de un solo empujón con su hombro derecho.

―El compadre Alberto no se va a poner bravo por esta invasión, tampoco creo que regrese, hace un año que nos dejó ―Hablaba para sí.

Después de entrar, pasó a una habitación y con la lamparita portátil hurgó en un escaparate para encontrar sábanas y ropas que pudieran usar los desconocidos, quienes miraban desde la sala de la vivienda, sin soltar a los niños que seguían aferrados a sus cuerpos.

 La casa era grande, con dos o tres habitaciones, no las detalló en el momento, con sala, comedor, cocina y baño. De amplios ventanales al frente, un largo y ancho patio, y de techo a dos aguas.

―Bien, los dejo, pero vendré más tarde con alimentos, descansen ―les dijo con palabras muy sentidas, y colocó las prendas sobre una silla del comedor. El extraño respondió con unas palabras incomprensibles, mirándolo con sus ojos grandes, azulísimos, muy abiertos, como tratando de demostrar algo, pero para el viejo todo fue tan extraño que en vez de complacencia solo sintió un pelo de miedo.

―Ah, también tienen la lamparita ―agregó cuando ya abría la puerta, y señalaba el artefacto que previamente había dejado sobre una mesa.

Amainada la lluvia, Pinto, fresco y relajado, echado sobre sus patas traseras, casi sentado a un lado de las presas, ladró cuando lo vio salir. Se levantó y lo miraba como para saber a dónde irían.

―Buen trabajo, amigo. De noche aparecen los zorrillos a robar. Vamos a la casa ―le dijo mientras se colocaba en el hombro los conejos y las perdices. Adelantó unos pasos y recogió la escopeta.

Caminando ahora más rápido para contar cuanto antes a su Anita lo ocurrido, imaginaba lo que estarían haciendo los desconocidos dentro de la casa: lo primero, escoger algunas de las camas; desvestir y vestir a los niños con las ropas secas; arroparlos, y todos a descansar, a dormir, aunque no tenían nada para comer ni beber. Después pensarían en el alma benefactora que los había auxiliado, y en la forma de agradecerle. O quizás, lo más absurdo, que los adultos estuvieran revisando todo a ver si encontraban algo de valor, pensamiento del que inmediatamente abjuró con la señal de la cruz y un ¡Dios, perdóname!

Comenzó a preguntarse sobre la procedencia de los visitantes; de dónde podrían ser y cómo habían llegado. ¿Serían las víctimas de un naufragio en el río? ¿Se habrían perdido en una excursión o eran sobrevivientes de un accidente aéreo? ¿Y el color de la piel? “Parecían albinos, aunque lo niños tenían las manitos como coloradas, y los ojos de los adultos eran muy azules; al menos los míos son verdosos, pero mi piel es colorada. ¿O son asiáticos? Bueno, Asia es tan grande que no solo hay chinos, sino muchos pueblos diferentes, aunque no tenían esos rasgos. ¿Y la vestimenta? No parecía cuero o tela. ¿Y del hablar? El hombre fue el único que abrió la boca, con más sonidos raros que otra cosa, pero que lo reafirmaban como un extranjero. Sin embargo, entendió muy bien lo que era una amenaza cuando lo apunté. ¿De qué país serán o vendrán?”, pensaba.

El perro lo sacó de sus pensamientos cuando empezó a ladrar, correr, ir y venir, avisándole que estaban a las puertas del hogar.

―Quieto, quieto, vas a despertar a la doña ―le dijo al empezar a meter la llave en la cerradura, pero ni siquiera pudo girarla, pues la puerta se abrió y apareció su esposa, una mujer morena, de ojitos chiquitos, de pelo entrecano, delgada, enfundada en una bata blanca y con un manto morado sobre los hombros, de esos tejidos a mano, conjunto que le daba una apariencia de fortaleza. Y en verdad la tenía, porque con sencillas palabras expresó preocupación y a la vez alegría por el que tenía enfrente.

―¡Por fin llegaste!, esa tormenta me tenía en vilo y preocupada ―le dijo, y después de un abrazo lo ayudó a descargarse de lo que traía en los hombros―. Ya veo que te fue muy bien ―agregó, al tener el par de conejos en sus manos.

―Sí ―le respondió―. Y estas perdices harán un buen caldo en tu cocina.

Anita colocó los animales sobre una mesita, mientras prendía la hornilla para calentar la comida.

―Me imagino que además de cansancio y sueño deben tener mucha hambre. ―Y su vista se dirigió al perro tumbado sobre el piso.

―Dale algo a Pinto, pero te agradezco que saques algunas viandas y leche, porque tengo que llevar algo caliente a unos inesperados visitantes del pueblo.

La mujer sorprendida le preguntó si estaba jugando.

―No, mi amor, no; fue algo increíble lo que hace poco me pasó mientras venía hacia acá ―le respondió.

Mientras buscaba unos envases para llevar la comida comenzó a relatar todo lo ocurrido con los detalles más minuciosos que recordaba; hacía énfasis al final en el posible estado de salud de los niños.

Una Anita llorosa le dijo que no iría solo, que lo acompañaría.

Ante aquella petición, Alfonso solo pensaba en lo sentimental que se ponía su compañera cuando creía que la iban a dejar fuera cuando se trataba de ayudar a otros. Desde que se conocieron hacía ya un montón de años, cerca de cuarenta, esas situaciones de solidaridad, de ayudar al prójimo, las comparaba, guardando las distancias, con las que muchas mujeres en el mundo hacían para participar de una manera más solapada en los cambios sociales y económicos que se vislumbraban, y no como mera falsedad. Pero a raíz del empobrecimiento del pueblo y la migración galopante, los grandes gestos solidarios habían desaparecido. Solo se colaboraba entre vecinos, con un préstame algo o un si quieres un poco de esto, lo que se convirtió en algo cotidiano; por ejemplo, Anita pasó de maestra jubilada a activa para atender a los pequeños cuatro días a la semana, decisión que fue muy aplaudida, pero al final ya nadie se acordaba.

El viejo no quería que Anita se sintiera relegada por negarle su petición de hacer algo por unos desconocidos. Sabía que eso de ayudar, de colaborar, estaba muy arraigado en su ser, pero por la hora no era el momento; además, esperaba saber más sobre aquella extraña pareja y sus hijos.

―Lo siento, amor, esa gente debe estar durmiendo. Yo solo voy, dejo la comida en la puerta y regreso. Te prometo que a primera hora de la mañana vamos. Ah, y puedes invitar a la comadre Rosa, para que lleve a Ramoncito y juegue con esos muchachitos.

La mujer preparó dos ollitas con arroz y frijoles, y en una botella echó un poco de leche.

―Bien, dentro de poco amanecerá. Por favor, no te tardes, pero Pinto se queda, el pobre está tan viejo como tú ―le dijo, pero al instante el perro, como respuesta a lo que se suponía había escuchado, se puso al lado de su amo.

―¡Como yo, ese nunca se cansa! ¡Y no necesita aprender, vino aprendido, ja, ja! ―le respondió acariciando la cabeza del fiel animal. Tomó el par de ollitas con la comida y la leche, y salió.

Con un poco más de claridad el recorrido se hizo rápido, no se veía a nadie por la calle; la soledad era abrumadora. La casa del viejo distaba a unas treinta cuadras de la del compadre Alberto, donde había guarecido a los inesperados visitantes.

Aquel Alberto había sido capitán de un barco que transportaba minerales por el río. Un día decidió echar anclas en Agua Clarita y había levantado aquella casa que fue una de las últimas que se construyeron. Con su familia había instalado un comercio de repuestos para motores de embarcaciones, y les iba bien hasta que llegó la debacle. Nadie se explicaba cómo todo se fue arruinando. La gente fue emigrando de a poco. Se cultivaba solo para sustentar a los que iban quedando. Nada del centro médico, la agencia bancaria y de la botica; menos de los abastos, apenas había quedado una bodeguita.

Al llegar a la casa, Alfonso creyó ver todo el interior completamente iluminado, como si varias bombillas estuvieran encendidas, pero al tocar la puerta y gritar para decir que traía algo para que comieran, el extraño entreabrió y pudo constatar que solo la lamparita portátil estaba encendida. “Qué raro, esa batería sí ha salido buena”, pensó.

―Aprovechen la comida; está caliente ―le dijo, haciendo gestos con las manos para darse a entender. El hombre asintió con la cabeza, recogió las ollitas y la botella, y cerró la puerta, nuevamente sin pronunciar una palabra.

El viejo no dijo nada. Se volteó y empezó a caminar, pero cuando iba a mitad de camino a su casa le picó la curiosidad; volteó y volvió a ver la asombrosa iluminación, pero al instante, como la primera vez, desapareció. “O esa casa de Alberto está embrujada o a mí el hambre me está causando alucinaciones”, volvió a pensar.